



# SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 26.

JUEVES 27 DE AGOSTO DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

## SUMARIO.

EL PINTOR FLAMENCO ENRIQUE VAN STEENWYCK.—EGLANTINA ó LA INDOLENTE CORREGIDA, por A. F.—ESTUDIOS MORALES: la Caridad, por I. I.—MODAS ANTIGUAS: el cabello en 1700.—EL PUENTE DE MALDONADO.—EL GALLAN DE LA VILLA, romance asturiano.—PIRAMIDES DE EGIPTO.—LA CIUDAD DE TETUAN.—LA MUERTE DE VIRIATO.—LA CABEZA Y EL CORRO, fábula, por Miguel Agustín Príncipe.—LA MUERTE DEL HEROE, por lord Byron.—LA ERMITA, por Luis Uhland.—CANTARES.—PENSAMIENTOS.—REFRANES HIGIENICOS.

## EL PINTOR FLAMENCO

ENRIQUE VAN STEENWYCK.

Se ha confundido muy á menudo á Enrique Steenwyck el hijo con su padre, á causa de la igualdad de sus apellidos y de la semejanza de sus cuadros. Hablemos, pues, de Enrique Steenwyck el hijo, nacido en Francfort en 1589, fallecido en Londres en 1639, uno de los mas hábiles artistas que llevaron su nombre. El pincel de Van Dyck, conservado por el elegante buril de Pablo Poncio, ha transmitido á la imperecedera generacion de los aficionados la figura inteligente y noble retrato del mejor pintor de *perspectivas*. Hé aquí lo que de él leemos en la *Histoire des Peintres*.

«A primera vista parece que no hay nada tan contrario al genio de la pintura como la reproduccion de edificios, á menos que se les considere como simples accesorios. En un rango secundario, en los paisajes de Claudio, por ejemplo, en las grandes composiciones de Poussin, los edificios juegan un papel importante: interrumpen las líneas ondulosas del paisaje é imprimen un carácter augusto, mezclando el recuerdo de grandes pueblos que escribieron en mármol sus pensamientos. Mas si la arquitectura es un elemento rico y fecundo, cuando se usa de él con gusto y con parsimonia, repugna al espíritu que un arte sometido á la imperiosa regla de las matemáticas pueda constituirse en *objeto principal* de

un cuadro. ¡Qué distancia, en efecto, entre la fantasía y la exactitud, y cómo devorar el inmenso intervalo que existe entre la inspiracion del artista y el compás del geómetra!... Sin embargo, hallamos artistas capaces de interesarnos con simples perspectivas, mezclando la regla geométrica con la poesia.

»Así como un magnate opulento desea tener con diferentes puntos de vista, copia de su castillo y de los paisajes que le rodean, de igual manera los habitantes de paises católicos en el siglo XVII, veían un culto de veneracion, de amor y de costumbre en sus iglesias. El cristiano se aficiona en particular al templo, cuyas campanas solemnizaron su bautismo, á la capilla en donde se de posó, lleno de emocion y de juventud, al claustro que cubre la tumba de sus abuelos. Para el serviente devoto de los Países-Bajos, siempre de carácter español, la iglesia de su parroquia es la iglesia de su corazon. De ese afecto nació sin duda este género de pintura, cuyo objeto fue la perspectiva de los templos góticos. Así se han querido poseer las vistas de Santa Gudula de Bruselas, San Jaime de Amberes, la capilla de los dominicos de Malinas, el coro de San Babon en Gante. Sin salir de su aposento, el piadoso aficionado puede ver representadas las pomposas ceremonias, las vísperas, el sermón, y tambien con la misma facilidad el modesto vicario que dirige una sencilla homilia á los catecúmenos en la capilla lateral, iluminada por algunos hachones, cuando el resto de la iglesia permanece á oscuras y desierto.

»Tales son, en efecto, la mayor parte de los cuadros de Steenwyck. Al contemplarlos hallanse todos los sentimientos que despiertan en el alma del cristiano la contemplacion de los templos de la edad media, todas las ideas á que parecen contestar las formas del estilo ojival, la elevacion de las esbeltas columnas remontándose hasta las bóvedas como troncos de álamos; toda la parte moral, en fin, de esta arquitectura inspirada por el amor y por la fe. Muy á menudo penetra la vista en los cuadros

de Steenwyck por la portada; esto es, se ve elevarse la nave del templo hasta el altar mayor, que apenas se dibuja entre los dentellones del coro alto, dejando traslucir apenas tambien los preparativos para el santo sacrificio, el misal, las blancas sábanas del altar, y los cirios encendidos. Mas á fin de evitar la igualdad perfecta y recta del conjunto, el pintor ha tenido buen cuidado en tomar el punto de vista mas bien desde una pilastra que desde otra, reemplazando la ingrata simetría del paralelismo por una disposicion especial que cambia los contornos y da lugar á imprevistas proyecciones, interesando al espectador. ¡Cuánto gusto y sentimiento se necesitan! A poco que el artista cambie de posicion su caballete, la impresion que recibe el espíritu cambia igualmente, variando los accidentes de la arquitectura. Tal lámpara encendida aun bajo la bóveda de una silenciosa capilla, veríase oculta detrás de una columna si el pintor hubiese dado un paso mas ó menos; aquella mujer que se percibe allá entre las sombras orando en un reclinatorio hubiera desaparecido.

»La vida de Steenwyck, no presenta incidente alguno notable, á no ser que se considere así un viaje que hizo á Londres en la época en que su compatriota Van Dyck estaba en gran favor. Lleno de trabajo, Van Dyck se alegró no poco de encontrar en el escelente pintor de *perspectivas*, un artista capaz de añadir á sus cuadros fondos de arquitectura. Por ejemplo, en los magníficos y diversos retratos de Carlos I y de la reina Enriqueta, verdaderos cuadros históricos, fue Steenwyck quien pintó el castillo de Windsor y otras residencias reales, que sirvieron de fondo en estos retratos. Aprovechóse de ello, no solo con la ciencia profunda que había adquirido en la especialidad de su arte, sino tambien con ese tacto especial que no permite disminuir el efecto de lo principal por la importancia de un buen accesorio. Supo, en una palabra, mantenerse modestamente en su altura y hacer sobresalir las obras de su ilustre compañero,



colocando los edificios allí donde á veces termina el pensamiento del pintor. ¡Cuánta elocuencia no ofrece, por ejemplo, en un retrato de Carlos I de Inglaterra, una ojeada sobre las ventanas de Whitehall, de donde, como es sabido, salió un día el elegante monarca para dirigirse al cadalso!

»Steenwyck no ha pintado solo iglesias góticas: ha conocido y reproducido todos los estilos de arquitectura. Uno de sus cuadros mas famosos es la *prisión de San Pedro*. Las figuras son de Cornelio Poelemburg, quien escogió el momento en que el ángel liberta á San Pedro. Los centinelas están durmiendo debajo de una lámpara suspendida de la bóveda, y cuya luz, reflejando sobre ellos, hace brillar sus armaduras. La vista se complace en seguir al apóstol, que huye por la galería. La arquitectura es sólida y el cuadro silencioso. Algunas luces mas débiles que la de la lámpara, brillan tristemente en la puerta de otros calabozos. En el segundo término se ven los primeros peldaños de una escalera, que indica que debajo de la bóveda iluminada existen todavía otras bóvedas mas profundas y terribles. La grandeza de la arquitectura romana se muestra allí perfectamente, y su solidez en la construcción de una cárcel presenta gran contraste con la facilidad de la milagrosa evasión del santo. En el fondo de la galería que aparece delante de nosotros, se abren dos ventanas, por donde se perciben los edificios de Roma, tanto como permite considerarlo la estremada pequeñez de estos objetos sumamente lejanos.»

El cuadro de *Jesus en casa de Marta y María*, es una de sus obras maestras. Las figuras de sus cuadros, han sido pintados por Franck, Elzheimer, Soelemburg, Porbus, Brengbel, Van-Calden y otros hábiles pintores. Muchos de ellos han sido vendidos á altos precios, conservándose algunos en Viena, Dresde, Amsterdam y París.

#### EGLANTINA Ó LA INDOLENTE CORREGIDA.

Doralicia, esposa de un hacendado, gozaba de una fortuna considerable; pero tenia demasiado talento y buen corazon para amar el lujo y querer distinguirse por una vana magnificencia. Sabia que el fausto, siempre reprehensible, es verdaderamente ridículo en las personas que por su estado se hallan dispensadas de toda representacion. No tenia diamantes, habitaba una casa tan cómoda como sencilla y no daba fiestas; pero en cambio hacia buenas acciones, y su fortuna, lejos de esponerla á la envidia de los tontos, al desprecio de las personas sensatas, le atraia las bendiciones de los desgraciados y el aprecio de todo el mundo. En su casa nada anunciaba ostentacion ni el deseo pueril de brillar. Aunque se bastaba á sí misma, amaba sin embargo la sociedad; y para formarse una verdaderamente agradable, no habia dado la preferencia esclusiva á una clase sobre otra, sino que se habia decidido á recibir á todas las personas, cualquiera que fuera su condicion, que se distinguian por su buen corazon y su despejado talento. Doralicia no tenia mas que una hija, de seis años, que anunciaba muy buenos sentimientos: era humilde, obediente, sincera; no carecia de memoria ni de inteligencia, pero era escesivamente indolente, no tenia la menor actividad, ninguna aplicacion y hacia todo con lentitud y abandono.

Ya sabeis que la indolencia es una especie de cobardía que bastia de todo lo que puede cansar en lo mas mínimo la imaginacion ó el cuerpo. Con tal disposicion, no se quiere correr, ni saltar, ni bailar, ni jugar al volante, porque estas diversiones son algo cansadas. Por la misma razon tampoco se ama el estudio, porque no quiere uno tomarse el trabajo de aplicarse: no se reflexiona ni se piensa en nada y se vegeta en lugar de vivir. Tal era el estado de Eglantina, hija de Doralicia. Su aya

se quejaba sin cesar de su falta de cuidado, y en efecto, en todos los rincones de la casa se encontraba los pañuelos, las tijeras y las muñecas de Eglantina. Nada le repugnaba tanto como tener que guardar las cosas de su uso: en su cuarto todo estaba en desorden, y se notaba en él mucho desaseo. Teniendo que pasar parte del dia en buscar sus libros, su trabajo ó sus juguetes, Eglantina perdía en tan desagradable ocupacion un tiempo precioso que hubiera podido emplear útilmente, ó al menos consagrar á sus juegos.

Todas las mañanas era menester regañarla para hacerla levantar de la cama. Despues la reñian porque despues de haberse despertado permanecía mas de una hora como amodorrada, bostezando á cada momento; y porque empleaba mucho tiempo en almorzar. Durante el paseo, principiaban de nuevo los regaños, porque Eglantina queria sentarse en lugar de andar, quejándose de que hacia frio ó calor. Lo mismo sucedia durante las lecciones: Eglantina lloraba siempre ó por lo menos no tenia ganas de tomar la leccion. Cuando llegaba la hora de jugar, era preciso ir en busca de los juguetes extraviados y con tal motivo otro regaño. Doralicia poseia todos los talentos que hace falta á una excelente institutriz, pero le faltaba experiencia, y la educacion de Eglantina era la primera de la cual se encargaba. En todas las cosas hay que pagar el aprendizaje con algunas faltas, y en esta ocasion cometió una muy grande. No previó todas las consecuencias que podian resultar del defecto que dominaba á su hija (defecto el mas difícil de corregir). Se le aconsejó de que con la edad adquiriria Eglantina insensiblemente la actividad de que carecia; se contentó con regañarla de tiempo en tiempo en lugar de castigarla, y no conoció su error hasta que fue ya muy tarde para poner remedio.

Viendo sin embargo la negligencia de Eglantina aumentarse de dia en dia, Doralicia se propuso apuntar cada noche en un libro todos los objetos que su hija habia perdido durante el dia, con el precio que habian costado. En esta lista figuraron los libros rotos ó descabalados, los juguetes estropeados, los vestidos nuevos manchados y destrozados hasta el punto de no poderlos ya llevar, los pedazos de pan que se encontraban en los rincones del jardin, las joyas echadas á perder, el papel, las plumas y los lápices empleados inútilmente. Añadiendo á esto los objetos perdidos, resultó, solo en un mes, un gasto de 99 francos.

Al cabo de un año, enseñó Doralicia á su hija la cuenta de todo lo que habia perdido ó estropeado en todo el año y la cual ascendia á mas de 1,200 francos. Eglantina, que no tenia entonces mas que siete años, permaneció indiferente ante ese cálculo. Su madre, esperando que recibiria mayor impresion cuando conociera el valor del dinero, continuó su diario con la misma exactitud: el aya de Eglantina la ayudó en ese trabajo dándole todas las noches en una hoja suelta cuenta de las prodigalidades que habia presenciado. Doralicia guardaba todas las hojas en un cajoncito, sin unir las al diario que por su parte escribia; mas pronto los apuntes del aya llegaron á ser tan numerosos, que hubiera sido preciso emplear mucho tiempo para hacer la suma total; por lo cual se decidió entonces á no hacerla hasta que Eglantina tuviera ya cierta edad.

El diario de Doralicia probaba cada vez mas que la indolencia de su hija se aumentaba en lugar de disminuir. Eglantina iba á menudo á pasearse por el bosque de Bolonia; y allí perdió en cuatro meses por valor de 1,000 ó 1,200 francos de joyas: unas veces era una sortija, otras un pomito; otras un medallon sin contar los pañuelos y los guantes olvidados sobre las sillas. Además, no se pasaba ni una semana sin que dejara de romper un abanico, ó algun resorte ó el cristal de su reloj, y era menester pagar constantemente cuentas del relojero. El gasto era aun mayor en el invierno. Eglantina, como todas las personas indolentes, era friolera en extremo: estaba siempre tan cerca del

fuego que dejaba caer de continuo alguna cosa; quemaba los vestidos y todos los meses habia que renovar su guarda-ropa. Además, cuando sus maestros venian, se quejaba casi siempre de la cabeza, diciendo que le dolia tanto que no podia tomar leccion.

El maestro se marchaba, apuntando una leccion mas.

Eglantina, entre tanto, principiaba ya á salir de la infancia: pronto iba á cumplir diez años. Su madre le proporcionó nuevos maestros. Cansada del piano y sin hacer progresos en él, Eglantina confesó por fin que tenia una aversion invencible á este instrumento y que deseaba tan solo aprender el arpa. Su madre le toleró que dejara el piano, aunque lo tocaba desde la edad de cinco años, y le tomó un maestro de arpa. Al mismo tiempo Doralicia hizo la suma y apuntó en su diario cerca de 8,000 francos por gastos de música, de maestro, de composturas del piano, etc. Eglantina no aprendió el arpa mas que un año, pues su maestro, cansado de su poca aplicacion, dejó de ir á su casa. Entonces quiso aprender la guitarra, y por fin abandonó la guitarra de la misma manera que el piano y el arpa.

Eglantina tenia además otros maestros. Aprendia el dibujo, la geografía, el inglés, el italiano; tenia un maestro de baile, uno de canto, otro de escritura; en fin, un gasto mensual de cerca de 1,000 francos. La indolente Eglantina no era por eso mas instruida, y los gastos que ocasionaba no tenian límites. Cada dos ó tres meses destrozaba su música, sus libros, sus cartas de geografía, y era preciso comprarle otros; no tenia ningun cuidado de su arpa y como la dejaba espuesta á la humedad junto á las ventanas abiertas, todos los dias habia que arreglarla: gastaba en cuerdas de arpa, en lápices y en papel, cuatro veces mas que una persona cuidadosa.

Su escesiva indolencia le hacia insoportable toda clase de sujecion. Era tan poco cuidadosa que en dos años habia sido preciso renovar dos veces los muebles de la habitacion; se despeinaba en todos los sillones y siempre dejaba caer sus alfileres y horquillas al suelo; sus vestidos estaban cubiertos de manchas de tinta ó de cera; empleaba muchísimo tiempo en su tocador, porque todo lo hacia con extrema lentitud; era tambien de una negligencia imperdonable en el modo de vestirse; miraba sin ver, hacia todo sin pensar, y no tenia ninguna gracia, ni aficion á nada. No habiendo nunca querido sujetarse á llevar guantes, tenia las manos ásperas y coloradas; andaba de la manera mas desagradable, por estar acostumbrada á llevar de continuo los zapatos en chancía.

Tal era Eglantina á los diez y seis años de edad. Doralicia habia tenido gusto en formarle una librería escogida, con la esperanza de que se aficionaria á la lectura. Para obedecer á su madre, leia Eglantina por la mañana y despues de medio dia; es decir, que tenia un libro en la mano, pues leia con tan poca atencion que no podia adquirir la mas leve instruccion: de modo que á los diez y seis años era de una ignorancia, tanto mas inexcusable, cuanto que no se habia perdonado nada para su educacion; no tenia ninguna nocion de historia, de geografía, ni siquiera de ortografía: tampoco podia escribir una carta, y á pesar de haber aprendido diez años la aritmética, un niño de ocho años contaba mejor que ella.

Por entonces, un joven, llamado el vizconde de Arzelle, se hizo presentar en casa de Doralicia; tenia veinte y tres años; y tan distinguido por su talento, sus virtudes, su reputacion, como por su nacimiento, poseia una buena fortuna y cualidades personales de mucho valor. Parecia tener el deseo mas vivo de agradar á Doralicia y de conseguir su amistad; apreciaba su sencillez, su dulzura, su perfecta igualdad, y no se cansaba de admirar sus maneras, su voz noble y natural, y su conversacion á la vez severa y agradable; la encontraba á menudo en casa de una parienta suya y ya le habia hecho varias visitas: mas todavía no habia visto á Eglantina.



Por fin un día en que Doralicia rogó al vizconde que se quedara á cenar, Eglantina se presentó á las nueve en el salón: su madre se había cuidado de su *toilette*. Eglantina iba sencillamente vestida; pero llevaba el pelo muy bien arreglado, y se había puesto guantes. El vizconde la examinó al pronto con mucha atención, y la encontró muy hermosa: un momento despues notó que no tenía gracia y al cuarto de hora no la miró siquiera, y olvidó que estuviera en el salón.

Sin embargo, continuó yendo con igual constancia á casa de Doralicia. Un día en que la halló sola, le habló con tal confianza que ella se creyó autorizada para preguntarle si pensaba ya en casarse. «Sí, señora, contestó el vizconde; pero aunque mis padres me dejan libre la elección, me parece que no me decidirá tan fácilmente; el interés ó la ambición no me determinarán jamás; una pasión ciega no me obligará nunca á hacer locuras; quiero casarme, no para adquirir mas fortuna ó mas consideración, sino para ser mas feliz: por eso buscaré una persona perfectamente educada, que una el talento á la virtud, que pertenezca á una familia apreciable, digna de mi respeto y de mi amistad; su madre, por ejemplo, tendrá que poseer todas las cualidades que vos teneis, por lo mismo que será el mentor y la guía de mi esposa.»

En este momento entró una visita que puso fin á la conversacion. Algunos días despues Doralicia supo que el vizconde de Arzelle había encargado á uno de sus criados que son-sacara con astucia á los de la casa; que él mismo había hablado con algunos maestros de Eglantina, los cuales le habían dicho naturalmente toda la verdad; el vizconde debía, pues, saber que Eglantina no había sacado ningun provecho de la costosa educacion que su madre le había dado.

El vizconde acudió desde entonces con menos frecuencia á casa de Doralicia, y al poco tiempo dejó eteramente de ir. Esta, segura de que se hubiera casado con Eglantina si hubiese tenido menos defectos, sintió en extremo que su hija perdiera un partido tan brillante, que preferiria á cualquier otro, atendido el mérito personal del vizconde.

Penas aun mas sensibles estaban reservadas á Doralicia. Eglantina, cada vez mas indolente, le causaba nuevos disgustos. A los diez y siete años tenía todavía todos los maestros que de ordinario se dejan á los catorce; y no demostraba gusto para ninguna ocupacion. Sin embargo, como su corazón era bueno y como queria mucho á su madre, intentaba á veces vencer su indolencia; entonces su inteligencia y la disposicion que revelaba, admiraban á todos; el corazón de Doralicia recobraba la esperanza, mas la alegría duraba poco tiempo, y al cabo de cinco ó seis días, Eglantina se entregaba á su habitual apatía: ella misma conocia confusamente sus defectos, y en vez de hacer lo posible por enmendarlos, se desalentaba y se abatía. Por lo demás, acostumbrada á no reflexionar jamás, no comprendia su ingratitud en corresponder tan mal á los cuidados de la mejor de las madres: tan solo se decia á sí misma: «Es cierto que por mi causa se han hecho muchos gastos inútiles, pero esos gastos no han podido minorar una fortuna tan considerable como la de mi padre; por lo demás, soy rica y joven, dicen que soy hermosa, y puedo pasarme sin instruccion y sin talento.» Es lo mismo que si hubiera dicho: «Puedo pasarme sin estar agradecida á mi madre; ¿de qué me sirve hacer su felicidad, y ser á la vez amable y amada?» Hé ahí como se ratiocina cuando se es incapaz de reflexionar.

No procurando Eglantina agradar á nadie ni obtener la aprobacion de los que la rodeaban, no podia disfrutar de ninguna consideracion en casa de su madre; los criados y los amigos de Doralicia la miraban siempre como á una niña. Se mostraba tan poco obsequiosa, tan singularmente insípida, decia á veces cosas tan fuera de lugar, que en sociedad era im-

y desagradable. La menor vio lencia

le parecia insoportable, y casi todo era violencia para ella; los usos admitidos en la sociedad le parecían tiránicos; la cortesía la encontraba incómoda, y no estaba á sus anchas sino con las personas subalternas y sin educacion. Lejos de buscar los consejos que tanta falta le hacían, huía de ellos, porque no se sentía con valor de seguirlos: por eso cuando su madre le indicaba los inconvenientes de su carácter, la escuchaba con mas despecho que arrepentimiento. A esas conversaciones seguían siempre una turbacion y un humor que no podia vencer ni disimular; porque, acostumbrada á ceder al momento á las impresiones que recibía, no teniendo ningun imperio sobre sí misma, preferia agravar sus defectos que tomarse el trabajo de buscar un medio de enmendarlos.

Eglantina con sus nuevos defectos, no había perdido ninguno de los que tenía en su infancia. Hacía dos años que recibía para sus gastos una pension tan grande como si estuviera casada; y sin embargo iba mal vestida y hacia deudas. Por fin llegó á los diez y ocho años, época dichosa para ella, porque era la época en que iban á despedir á todos sus maestros. Aquel mismo día, fue Doralicia por la mañana al cuarto de Eglantina, y sentándose junto á ella, le dijo:—Hoy cumplís diez y ocho años, edad en que generalmente la educacion queda concluida. He hecho por vos hasta hoy mismo cuanto podia hacer, y aquí os traigo la prueba. Hé aquí el diario, del cual os he hablado tan á menudo, que contiene en detalle todo lo que habeis perdido desde vuestra infancia, de todos los gastos inútiles que habeis ocasionado; he añadido las cuentas antiguas de vuestra aya y las de vuestra doncella. La suma total asciende á ciento tres mil francos...—¿Es posible, mamá? exclamó Eglantina.—Y ya podeis figuraros que no hago entrar en este cálculo los gastos indispensables para vuestra manutencion y para los maestros que han conseguido que aprendiéais alguna cosa. Por ejemplo, teneis muy buen carácter de letra, leéis medianamente la música; no he hablado en mi diario de esos dos maestros, aunque he tenido que conservarlos mucho mas tiempo que hubiera sido menester si hubiéseis sido mas aplicada. He incluido en el número de los gastos inútiles lo que han costado los maestros de instrumentos, de dibujo, de geografía, de historia, de aritmética, etc., sin olvidar la maestra que os ha enseñado á bordar durante dos años, y la cantidad enorme de seda, de raso, de terciopelo, etc., que habeis gastado sin haber hecho nunca nada que pudiera enseñarse...—¡Ciento tres mil francos! replicó Eglantina...—No lo puedo comprender.—Mil veces os he dicho que los gastos pequeños repetidos á menudo llegan á ser exorbitantes, y por consiguiente ruinosos. Un ejemplo os lo hará ver mejor: teneis dos relojes; desde la edad de ocho años hasta hoy, no habeis pasado un mes sin enviarlos á casa del relojero ó del joyero, unas veces para que les pusieran un resorte, un cristal ó un cuadrante nuevo, otras para que les pusieran agujas ó diamantes. No ha habido mes en que los relojes no hayan costado 7 ú 8 francos al menos, y quizás mas; de modo que al cabo de diez años ese artículo solo asciende á 2,000 francos. Debe echarse mucho de menos el dinero que se ha malgastado de esta suerte, cuando se piensa en cuántas otras cosas se hubiera podido emplear. Ciento tres mil francos que habeis perdido, hija mia, hubieran asegurado una vida feliz á mas de veinte familias desgraciadas.

Esta última reflexion de Doralicia hizo correr las lágrimas de Eglantina; cogió una de las manos de su madre y apretándola entre las suyas, exclamó:—¡Oh! ¡Cuán culpable soy! Pero, madre mia, aunque mi talento no se haya desarrollado, aunque no tenga instruccion, me quedan, sin embargo, los elementos de todo lo que me han enseñado...—Sin duda, replicó Doralicia, y si quisiérais aplicarlos, estudiar de veras, podriais todavía ganar una parte del dinero que habeis perdido; pero se-

ria menester en adelante que fueran vuestra perseverancia y actividad tan grandes como hasta ahora han sido vuestra inconstancia y vuestra pereza.

Al oír estas palabras, Eglantina suspiró y se quedó pensativa.—Ya sé, continuó Doralicia, que gracias á vuestra fortuna y á vuestra figura, creéis que no os hace falta tener tanto talento y tantos conocimientos como á otras personas; mas, porque se posean algunas cualidades las mas frágiles y menos apreciables, ¿hay motivo para despreciar aquellas que solas pueden proporcionar la aprobacion y el cariño verdaderos? ¿Es la hermosura la que hace que nos amen y nos consideren? Despojadla de sus gracias y ni siquiera le quedará el recurso de agradar. ¿Son las riquezas las que hacen nuestra felicidad? ¿Pues qué, no estais vos misma hastiada, siempre descontenta con los demás y con vos misma?... Y por otra parte, ¿sabeis en qué estado se hallan los negocios de vuestro padre? ¿Y si se arruinara?...

Estas últimas palabras despertaron la atención de Eglantina; la joven miró á su madre con espanto. Doralicia dejó de hablar, levantó los ojos al cielo, y despues de algunos momentos de silencio, el cual no se atrevió Eglantina á interrumpir, se levantó y se marchó, dejando á su hija sumida en la mayor tristeza é inquietud.

El temor que inquietaba á Eglantina no era infundado. Mondor, su padre, tan insaciable como Doralicia moderada, no se había podido contentar con 200,000 libras de renta; habiéndose metido en empresas inmensas, caminaba rápidamente hacia su ruina. Su esposa ignoraba toda la estension de su desgracia, aunque se sospechaba una parte, lo cual había querido dar á entender á su hija. Mondor, con la esperanza de conservar su crédito, procuraba ocultar el mal estado de sus negocios; pero al poco tiempo varias bancarotas de sus socios descubrieron el desorden que reinaba en ellos. Mondor, que no tenía ánimo bastante para soportar la adversidad, cayó enfermo; y los cuidados de Doralicia y de Eglantina no pudieron conservar la vida: el infeliz espiró maldiciendo la ambición y la avaricia; causas funestas de su ruina y de su muerte.

Doralicia se encargó de cumplir con todos sus acreedores, mas toda la fortuna de su esposo no fue suficiente: ella poseía una tierra de 15,000 libras de renta, sobre la cual no tenían los acreedores ningun derecho; pero con objeto de completar la cantidad necesaria para pagar las deudas de Mondor, cedió por seis años las rentas de esa tierra, el único bien que le quedaba. Eglantina vendió con el mismo fin todos los diamantes y joyas que le había regalado su madre:

Estos arreglos hechos, solamente quedaba á Doralicia, para vivir durante seis años, sus alhajas y algunos objetos de plata: todo lo vendió por 20,000 francos.—Es menester, dijo á su hija, que vayamos á vivir á un país, donde podamos pasar seis años con la cantidad que nos queda; mi intencion es de establecerme en Suiza hasta el día en que recupere la tierra cuyas rentas he cedido.—¡Oh, madre mia! exclamó con dolor Eglantina, 20,000 francos, hé ahí todo lo que nos queda!... ¡Qué remordimientos para mí, cuando recuerdo todo lo que os he costado!...—No pienses mas en eso, replicó Doralicia dándole un beso; si hubiera previsto las desgracias que la suerte nos reservaba, no hubieses nunca tenido conocimiento de ese diario; ya está quemado, y todo lo que contenia se ha borrado por siempre de mi memoria.—¡Ah, contestó Eglantina cayendo á los pies de su madre; mi arrepentimiento es ahora demasiado verdadero para olvidar jamás esas faltas que con tanta generosidad me perdonais!... El deseo y la esperanza de repararlas y de hacer vuestra felicidad pueden solos en adelante atarme á la vida... Bien sé, mamá, que una hija digna de vos podría consolaros en vuestra desgracia: pues bien, yo me corregiré y adquiriré las virtudes que me faltan. Necesitais una amiga, yo seré



la vuestra, y para alcanzar un nombre tan querido, no habrá nada en el mundo que yo no haga.

¿Cómo describir la emoción de Doralicia contemplando con alborozo á Eglantina arrodillada á sus pies y bañada en lágrimas? La levantó, y estrechándola contra su corazón le dijo:—En este momento me haces sentir cuánta alegría puede llenar el corazón de una madre; no llores mas ni te lamente de mi suerte.

Al pronunciar estas palabras Doralicia podía apenas contener sus lágrimas, las mas dulces que habia derramado en su vida. Aquella misma noche, se quejó Eglantina de un fuerte dolor de cabeza; al dia siguiente, tenia calentura, y su madre mandó llamar á un médico. Despues de haber examinado con atención á la enferma, el doctor declaró que tenia todos los síntomas con que se anuncian las viruelas. No se engañaba: esta enfermedad se manifestó de la manera mas alarmante. El médico no ocultó á Doralicia que las viruelas eran confluentes y de la peor especie. A pesar de los consejos del médico, ésta no se separó de la cabecera de Eglantina. La joven, en medio de un delirio horrible, aceptaba los cuidados de sumadre sin conocerla; estaba en sus brazos y la llamaba gritando dolorosamente:—¡Mi madre me abandona!... ¡Lo he merecido!... ¡No la he hecho feliz!... ¡Muero sin su bendición!... ¡Dios mio, perdonadme!...

Esas tristes quejas, interrumpidas por suspiros y sollozos taladraban el corazón de Doralicia: en vano respondía á su hija, en vano la bañaba con sus lágrimas; Eglantina no la oía. La enfermedad hizo rápidos progresos, atacó sobre todo la cara de la joven y cubriendo sus ojos con una costra espesa, la privó totalmente de la vista. Este nuevo accidente, bastante comun en las viruelas, no produjo al principio

inquietud, mas en breve el médico se alarmó con tal motivo y no ocultó sus temores de que Eglantina pudiera quedar ciega.

En unas semanas habia perdido Eglantina su fortuna y su hermosura, estando á punto de perder tambien la vista. ¡Cuán cierto es que todos los bienes de la vida pueden sernos arrebatados en un dia! Toda nuestra fuerza está en nosotros mismos, en nuestros conocimientos, en nuestras virtudes, y lo demás está sujeto con un hilo. Doralicia habia permanecido tres dias y tres noches junto á su hija, sin querer confiar á nadie el cuidado continuo que reclamaba su situación desesperada. El médico declaró al cuarto dia que la mejora era sensible en la enferma, asegurando que estaba fuera de peligro. En efecto; Eglantina no tardó mucho en abrir los ojos. Al ver de nuevo

el rostro querido de la mas tierna de las madres, exclamó:—¡Dios mio! ¡Os vuelvo á ver, madre mia!

Las lágrimas ahogaron sus palabras, y echándose sobre el seno de Doralicia, no pudo en un principio espresar su inmensa alegría y su agradecimiento sino con su llanto... El médico le aseguró que solo á su madre debia todos los auxilios y todo el cuidado que habia recibido.—¡Oh, madre mia! dijo Eglantina; ¡cuán grata es ahora la vida para mí!... ¡Cuán to sentiria perderla antes de haberos dado pruebas de mi tierno agradecimiento!... No quiero vivir sino para hacer vuestra felicidad, y yo no puedo ser dichosa sino por vos...

Eglantina hablaba con tanto calor, que el médico, temiendo el efecto de una emoción tan violenta, la interrumpió, haciendo cesar una conversacion que hubiera podido aumentar su fiebre.

Desde aquel dia la enfermedad no causó inquietud, pero el médico declaró que dejaria huellas indelebles. En efecto,

Eglantina perdió su hermosura; aunque no era muy picada de viruelas, estaba casi desconocida sus hermosos ojos se habian apagado, y su rostro no tenia ya aquel brillo que le hacia tan encantador. Sabiendo cuán cambiada estaba, Eglantina no se apresuraba por mirarse en el espejo; sin embargo, cuando se levantó por primera vez, tuvo inevitablemente que verse; su madre le daba el brazo y al llevarla hacia un sillón, la hizo pasar por delante de un espejo. Eglantina, al mirarse, no pudo menos que estremecerse:—¡Este es, dijo, aquel rostro que admiraban tanto hace tres semanas?—¡Cuán grande seria vuestro pesar, replicó Doralicia, si hubiérais tenido la locura de dar gran valor á esa hermosura fugaz que un instante puede arrebatar, y que se pierde en el corto espacio de algunos años!...



Luis XIV.



El puente de Maldonado.



Quizá os figureis, niños míos, que Doralicia exageraba un poco, con objeto de consolar á Eglantina, y que se puede, al perder la juventud, conservar la hermosura... Mas no es así. La hermosura no puede existir sin la juventud. Cuando se dice que una mujer de treinta y seis años es bonita, se quiere tan

solo decir que ha debido serlo. No hay hermosura verdadera sin ese brillo de la tez, sin ese aire de frescura y de salud que toda mujer pierde infaliblemente tan pronto como entra en la madurez de la vida, y que por lo demás no podría conservar algunos años todavía sino á fuerza de escesivos cuidados y sacrificando

los mas importantes deberes. Juzgad, pues, queridos niños, de lo que pueda valer una hermosura efímera, admirada por unos y reprobada por otros, que la enfermedad mas leve puede marchitar y la cual en las circunstancias mas favorables, dura apenas algunos años. Lo que es yo, no he visto nunca ninguna mu-



Plaza llamada del Fondae en Tetuan.

jer que fuera tan bonita á los treinta años como á los diez y ocho, y verdaderamente hermosa sin ayuda del arte, es decir, sin adornos ó sin la ilusion de las luces. Lo que algunas veces llaman hermosura, en la madurez ó en la vejez, no es mas que el reflejo de las cualidades bellas del alma, que ilumina un tanto la fisonomía. La tez mas brillante, las facciones mas regulares no valen, ni siquiera para recrear los ojos, ese aire de paz, de serenidad y de dulzura que solo la virtud puede proporcionar. Doralicia no exageraba en lo mas mínimo, y decia con razon que seria menester ser insensato para dar valor á una cosa tan frívola, de la cual se goza tan poco tiempo.

Mientras Doralicia enseñaba á su hija el modo de soportar con resignacion la pérdida de su hermosura, le enseñaba tambien cómo puede uno ser apreciable por su talento y por

su dulzura, y adquirir la aprobacion que la hermosura hubiera podido conseguir, pero no por mucho tiempo.

Eglantina, instruida por la desgracia, y penetrada de agradecimiento, supo vencer todos sus defectos y se volvió tan sensata, tan activa, tan digna de ser amada, como hasta entonces habia sido indolente, perezosa, inconstante y ligera.

En cuanto su salud se restableció por completo, Doralicia se marchó con ella á Suiza. Las dos viajeras fueron lo primero á Lyon, y se dirigieron despues á Ginebra: pasaron cerca del fuerte de la Eclusa (entre Chatillon y Coulonges) notable por su pintoresca situacion.

Se detuvieron en Bellegarde á visitar lo que las gentes del pais llaman *la perdicion del Ródano*. Nada mas extraño, en efecto, que ver el Rhin perderse entre peñascos enormes, en

profundas simas, y aparecer de nuevo precipitandose en cascadas sobre otros peñascos. Aquel sitio, rodeado de montañas, de precipicios profundos, de rocas cubiertas de musgo y de verdura, bastaria solo para que uno se hastiara de esos frios jardines á la inglesa en los que han querido locamente imitar semejantes efectos. Despues de haber pasado algunos dias en Ginebra, Doralicia recorrió las deliciosas orillas del lago, con la intencion de buscar una casa donde pudiera establecerse. Tomó por fin la resolucion de fijarse en Morges, bonita ciudad situada entre Ginebra y Lausania, en la orilla del lago con unas vistas encantadoras.

Doralicia alquiló una casita en aquel sitio ameno: las ventanas del salon daban por un lado á alegres y fértiles campos, y por otro dejaban ver el lago de Ginebra y mas allá las



montañas inmensas cubiertas de nieve. Nadie se puede formar una idea de aquellas montañas; presentan mil aspectos diferentes en un mismo día, por efecto de los diversos accidentes de luz que se suceden. Al despuntar la aurora la cima y los peñascos son de color de rosa, y los montones de nieve que los cubren parecen nubes transparentes. Cuando el sol es ya mas vivo, las montañas toman un color mas oscuro, y parecen sucesivamente grises, violetas y azules. Al ponerse el sol son doradas: cree uno ver masas enormes de topacios, y sus brillos esplendentes deslumbran cuando se miran. El lago de Ginebra ofrece tambien un aspecto tan vario y tan brillante. Cuando está tranquilo, sus aguas puras y limpias reflejan el azul del cielo, pero cuando está agitado, se asemeja al mar, cuya imponente magestad reproduce. Sucesivamente tumultuoso y apacible, encanta, admira al que lo contempla con sus escenas siempre nuevas.

(Se continuará.)

A. F.

### ESTUDIOS MORALES.

#### LA CARIDAD.

¿Hay por ventura en el mundo sentimiento mas puro, mas noble, mas sublime, mas agradable, en fin, á los ojos de Dios, que la caridad? Sentimiento que si por desgracia el Ser Supremo no se lo hubiese dado á todos los mortales, el mundo sin él careceria de vida. Sentimiento que se despierta en el corazon del hombre mas duro, mas inexorable y mas ateo al contemplar cualquiera de esos cuadros de enfermedad ó de pobreza, que por desgracia son tan frecuentes en sociedad moderna.

¿Quién no se conmueve al oír ese grito sublime y desgarrador que tantas y tantas veces nos es repetido de: «una limosna por Dios: pan para mis hijos;» ese grito que verdaderamente no le es posible comprender sino á aquellas personas que por una felicidad incomparable tengan la suerte de ser padres, y llamo á esto felicidad, porque no hay en la vida del hombre momentos mas gratos y en que mas se eleve el alma, que aquellos en que se ve rodeado de su tierna y dulce esposa y de sus pequeñuelos é inocentes hijos.

¿Qué seria de la actual sociedad sino se hubiese extendido de una manera tan considerable y rápida el bello sentimiento de la caridad?

Los pobres caerian estenuados por las calles, pues en el estado en que se halla la Europa, en general, les faltarian recursos para el preciso sustento, si en su auxilio no viniese la caridad representada por personas piadosas que llevan al hogar doméstico el sustento para el cuerpo, la paz para el alma, y en fin, la vida toda, pues sin estos nece arios auxilios, indudablemente carecerian de ella.

Los hombres que llevasen una vida ejemplar y laboriosa al faltarles el sustento se entregarían á toda clase de vicios, creyendo encontrar en ellos los recursos necesarios.

El robo y el asesinato, que son los crímenes mas horribles que se pueden cometer, se generalizarían y multiplicarían de una manera considerable.

El hombre que se viese perecer de sed y hambre ¿qué temor podria abrigar en robar y asesinar?

El padre que se hallase rodeado de sus hijos implorándole á grandes gritos pan y agua, y que no tuviese con que acallar aquellas lamentables voces ¿qué obstáculo podria encontrar para el robo y el asesinato? Y en el caso de que estos terribles crímenes no le diesen resultado, podria llegar el caso en que abandonase á sus propios hijos.

¿Cuántas gracias, pues, no debemos dar á Dios, sumamente sabio y poderoso, por habernos inspirado tan precioso sentimiento, y con cuánto interés no debemos pedirle siga extendiéndolo en nuestros corazones, pues así

llegará el día en que si bien no desaparezca por completo la miseria material y moral, se disminuirá en gran parte.

I. I.

### MODAS ANTIGUAS.

#### EL CABELLO EN 1700.

Los antiguos galos conservaban los cabellos como una señal distintiva de honor y libertad, por cuya razon César mandó cortárselos luego de haberlos subyugado. Pero entre los franceses del siglo XVII se hizo moda general los cabellos largos y rizados en bucles y empolvados. Bajo la primera raza de los reyes franceses, cuando se saludaba á alguna persona de consideracion, no se le podia hacer un obsequio mas fino y respetuoso que arrancarse un *cabello* y presentárselo, con cuya accion se le manifestaba ser su mas rendido esclavo, pues que un hombre al pasar del estado libre al de la esclavitud se cortaba el *cabello* y lo presentaba á su amo ó señor.

En el siglo VIII los señores de distincion de Francia hacian cortar los primeros cabellos de sus hijos por aquellas personas de mayor respeto, las que por esta ceremonia eran consideradas como padrinos de los mismos.

En España como en las demás naciones, ha sufrido mil variaciones la moda de llevar el *cabello* corto ó largo; y por una real cédula del año 1808 se mandó que todos los empleados en el servicio de S. M. hubiesen de cortarse el *cabello* que hasta entonces habian usado largo, cuya moda tan útil como económica fue seguida generalmente por todas las clases del Estado.

### EL PUENTE DE MALDONADO.

El puente en Maldonado, nada tiene en verdad de particular, pero se ha publicado en numerosos grabados de manuales de viajeros, recuerdos de viajes y vistas de América. Es de aquellas construcciones que sin saber por qué llaman la atencion mas bien por lo que es en sí, que por los atractivos que les rodean. Está sobre el Uruguay, que baa unas fertilísimas campiñas, en donde se levantan airoas las palmeras *yatais* y *carondais* con otros árboles á propósito para la construccion de casas. Así describe un viajero sus hermosas cercanías.

La ribera se halla toda cubierta de verdes y frondosos árboles de especies diferentes que producen un hermoso efecto; por lo general están bañados por el río, con lo cual crecen rápidamente y con vigor; pero lo mas singular de todo es que, una vez traspuesto aquel recinto verde, espeso y frondoso, solo se ven en lo interior del país, llano y árido por completo, palmeras aisladas ó reunidas en grupos de tres ó cuatro, semejantes á las ruinas de un peristilo donde ya no quedasen mas que las columnas. La vegetacion es muy singular en toda aquella comarca. Encontramos escasos pájaros y ningun mamífero, excepto un cervatillo del *cervus campestris* que la casualidad hizo que cazase uno de mis compañeros de viaje. Sin embargo, notamos tambien huellas del yaguar, del cabiel y del avestruz. Algunas aves de rapiña, cathartos *urubu* y *aura*, caracaras, perrópteros rojos y milanos de casquete negro se cernian silenciosamente sobre un ancho campo que habia sido incendiado la víspera y todavía humeaba; algunas cotorras y papagayos pasaban chillando sobre nuestras cabezas y los picos de doradas alas estaban atisbando desde los ardientes troncos de las palmeras, la salida de los insectos que el incendio habia hecho refugiarse en aquel único asilo que se les presentaba. Cazamos, pues, de todas estas clases de aves, así como tambien una variedad del dragon tropical, que yo creo ser el *quirahuro* de Azara y á las orillas del

rio, una linda picaza azul turquí con el vientre amarillo y cejas azul celeste.

### EL GALAN DE LA VILLA.

#### ROMANCE ASTURIANO.

Hay un galan de esta villa,  
hay un galan de esta casa,  
¡Ay! él por aquí venia,  
¡Ay! él por aquí llegaba;  
¡Ay! diga lo que él queria,  
¡Ay! diga lo que él buscaba;  
¡Ay! quiere á la blanca niña  
¡Ay! quiere á la niña blanca;  
¡Ay! si no era una mi prima,  
¡Ay! si no era una mi hermana,  
¡Ay! de marido pedia  
¡Ay! de marido velada:  
¡Ay! bien que hora la castiga  
¡Ay! bien que la castigaba;  
¡Ay! con varilas de oliva  
¡Ay! con varilas de malva.  
¡Ay! donde hora el sol salia  
¡Ay! donde hora el sol rayaba:  
¡Ay! mañana la tan fria  
¡Ay! mañana la tan clara:  
¡Ay! su buen amor venia  
¡Ay! su buen amor llegara,  
¡Ay! agua la depedia  
¡Ay! agua la demandara,  
¡Ay! agua de fuente fria  
¡Ay! agua de fuente clara:  
¡Ay! lavé la mi camisa  
¡Ay! lavé la mi delgada;  
¡Ay! tendila so la oliva  
¡Ay! tendila so la malva,  
en par de una fuente fria  
en par de una fuente clara,  
que por el oro corria,  
que por el oro manaba;  
que por él la plata fina  
que por él la fina plata.  
¡Ay! trezadillos traía  
¡Ay! trezadillos llevaba;  
¡Ay! vueltas las que daría  
¡Ay! vueltas las que le daba  
á redores de la ermita  
á redores de la sala,  
¡Ay! donde el abad diz misa  
¡Ay! donde el abad misaba;  
¡Ay! misa en el la montisa  
¡Ay! misa en el la montaña,  
¡Ay! el molacin la oía  
¡Ay! el molacin la audaba;  
¡Ay! con vino y agua fria,  
¡Ay! con vino y agua clara,  
con la vinaja dorada  
con la vinaja dorada.  
¡Ay! cantaba una culebra  
una culebra cantaba.  
¡Ay! voz tiene de doncella  
¡Ay! voz tiene de galana:  
¡Ay! mandara el rey prenderla,  
¡Ay! mandara el rey prindarla,  
en cadenillas meterla  
en cadenillas echarla:  
buiet que le sirva á la mesa  
quier que le sirva á la tabla.  
¡Ay! con la tasa francesa  
¡Ay! con la francesa tasa,  
con pañuelos de la seda  
con pañuelos de la Holanda;  
los que filaba la reina,  
los que filara la infanta,  
con rueca la de madera  
con rueca la de su casa;  
envia por ella á Valencia  
envia por ella á Granada.  
¡Ay! tortoriu tray de piedra,  
¡Ay! tortoriu, fusu y aspa:  
¡Ay! guya la delgadina  
¡Ay! guya la tan delgada,  
la que al verano cosía  
la que al verano labraba;  
labra en él la seda fina  
labra en él la seda ciara:  
¡Ay! al rey la fay camisa,



¡Ay! al rey la fay delgada,  
 ¡Ay! del oro engordonida  
 ¡Ay! del oro engordonada.  
 ¡Ay! madre la que o tenía  
 ¡Ay! madre la que yo amaba;  
 enviéme á la romería,  
 enviéme á la Roma santa  
 con el que ella mas quería,  
 con el que ella mas amaba;  
 ¡Ay! Antonio se decia  
 ¡Ay! Antonio se llamaba,  
 ¡Ay! Antonio el de Sevilla,  
 ¡Ay! Antonio el de Granada,  
 ¡Ay! el que me dió la cinta  
 ¡Ay! el que me dió la saya:  
 ¡Ay! no quiere que o la vista  
 ¡Ay! no quiere que o la traiga,  
 ¡Ay! quier que la ponga en rima  
 ¡Ay! quier que la ponga en vara:  
 la quier para otra su amiga  
 la quier para otra su amada,  
 que la tiene allá en Sevilla  
 que la tiene allá en Granada.  
 ¡Ay! mas galana y pulida  
 ¡Ay! mas pulida y galana.  
 santa María es mi madrina,  
 santa María es mi abogada;  
 bautizóme en agua fria  
 bautizóme en agua clara;  
 púsome nombre Lucía  
 púsome nombre Rosaura;  
 rosas que el niño traía  
 rosas que el niño llevaba;  
 cuatro ó cinco en una piña  
 cuatro ó cinco en una caña;  
 ¡Ay! coí'as Catalina  
 ¡Ay! cuéyelas hora Juana;  
 ¡Ay! canta la pajarilla  
 ¡Ay! canta la pajarada;  
 ¡Ay! en él la verde oliva  
 ¡Ay! en él la verde malva;  
 ¡Ay! pasa la perra pinta  
 ¡Ay! pasa la perra á Pravia.

#### PIRÁMIDES DE EGIPTO.

La palabra *pirámide* viene de otra griega derivada de fuego, porque las *pirámides* terminan en punta como la llama.

Los autores no están acordes acerca de la época en que fueron contruidos estos monumentos; sin embargo son considerados como los mas antiguos de Egipto. Pero Goguet lo duda, fundado en que Homero que hab'a muy á menudo del Egipto y que refiere muchas de las particularidades de este pais, que habla de Tebas y de sus cien puertas, no dice una sola palabra de las *pirámides*. Este silencio le hace creer que estos monumentos extraordinarios no existían en tiempo de aquel historiador.

Las *pirámides* grandes ó de Giseh, para distinguirlas de las que se hallan mas hácia al Mediodía en el llano ó desierto de Sakara, están situadas al Este Sudoeste de la aldea de Giseh, de la que distan cerca de dos horas. Estos monumentos gigantescos están contruidos sobre una llanura, que el arte acabó de nivelar. Las grandes *pirámides* son en número de cuatro, colocadas en una línea diagonal, y distantes una de otra de 500 á 600 pasos; sus cuatro caras corresponden á los cuatro puntos cardinales del mundo. Las dos *pirámides* septentrionales son las mas grandes y tendrán cerca de 300 metros de elevacion perpendicular; las otras dos son mucho mas altas. El primero de estos edificios que se encuentra y que se cree, segun Herodoto, haber servido de sepultura al rey Ceope, y segun otros Coph ó Cheops, es el solo que está abierto. Dícese que este rey la mandó fabricar para su sepultura unos cuatro mil años atrás. Para llegar hasta la abertura que se halla sobre la cara septentrional á cerca de 60 pies de la base de esta *pirámide*, se atraviesa una montañita de escombros y de arenas, formada verosíblemente de resultas de las escavaciones hechas en lo interior en varias épocas. Esta abertura,

antes que la descubriesen, quedaba tapiada por el revestimiento general del edificio, el que formaba la última clausura de los aposentos sepulcrales escavados en lo interior de la *pirámide*. Si quiere uno entrar en este asilo de la muerte, es preciso atravesar una primera galera, que se dirige hácia el centro y la base del edificio. Una vez se llega con mucha pena por razon de los escombros á la estremidad, se encuentran dos trozos de granito, que cerraban antiguamente la segunda entrada de los aposentos. Inmediatamente se entra en una segunda galería ascendiente, mas de una aspereza tal, que necesitaron hacer los que la abrieron algunos cortes sobre el suelo, á fin de posibilitar la salida. Esta galería conduce á una especie de llano, donde hay un agujero que los árabes y los viajeros llaman el pozo, y á la entrada de una galería horizontal que da á un aposento de una mediana capacidad, sin cornisa ni adornos, medio lleno de piedras que se han quitado de la pared de la derecha para abrir un pasaje que termina cerca en una especie de nicho. La bóveda de este aposento es á dorso de asno, y toda revestida de granito, antes perfectamente bruñido, pero denegrido ahora por el humo de las hachas de que usan para visitar estos lugares. Se vuelve por el mismo camino al llano de que acabamos de hablar, y se continúa siguiendo la galería ascendente hasta un segundo piso, donde hay como algunos poyos cortados en la piedra, y la tercera y última clausura: esta es la mas complicada en su construccion, con el objeto sin duda de hacer mas impracticables las tentativas que se suponían deberían hacerse en lo venidero para el descubrimiento del lugar que encerraba el cuerpo del soberano. Una reciente abertura permite reconocer otra galería que conduce al aposento dicho superior ó *aposento del rey*: el que se acaba de descubrir mas arriba, se llama vulgarmente *aposento de la reina*. A medio camino se encuentra un pequeño cuadrado mas elevado que la galería, pero no mas ancho: hay en cada lado un conducto escavado en la piedra, al objeto sin duda de hacer correr las piedras que debían cerrar la entrada del aposento. Está cubierto como el de la reina, de granito. Se encuentra á la izquierda de la entrada un sarcófago de granito que presenta la figura de un paralelepípedo, sin adornos, perfectamente variado, y que cuando se golpea con un hierro da el sonido de una campana. Al Norte del sarcófago se nota un agujero bastante profundo, cuyo uso y origen son desconocidos. Se ven tambien dos pequeñas galerías al Norte y al Mediodía del aposento; su salida no se conoce, y es imposible penetrar allí.

La segunda *pirámide*, es decir, la que se halla mas cerca de la primera parece á primera vista mas elevada que ésta, lo que proviene de la desigualdad del piso; pero realmente son de la misma grandeza, casi semejantes, y no difieren sino porque ésta no está abierta. Su cumbre está cubierta á los cuatro lados de granito muy bien juntado y bruñido. Al Oriente de esta *pirámide* se encuentran las ruinas de un templo, y hácia el Occidente se ve una especie de canal escavado en la roca.

La tercera *pirámide* es de 30 metros menos alta que las dos primeras, mas se les parece en la construccion: ésta no tiene revestimiento. Se encuentran despues, y de la parte oriental, las ruinas de un segundo templo, cuyas piedras son de muy grande dimension.

En fin, la cuarta *pirámide*, igualmente cerrada y sin revestimiento, no se halla colocada perfectamente sobre la misma línea de las precedentes; está mas al Oeste, y aun mas baja que la tercera cerca de 90 pies: su cumbre, menos aguda, acaba en un paralelogramo ó grande piedra, que parece haber sido destinada para servir de pedestal. Estos edificios están rodeados de otros muchos mas pequeños y de la misma forma, destinados sin duda tambien para servir de sepultura. La mayor parte de estas pequeñas *pirámides* fueron escavadas en distintas épocas, y muchas

fueron aun destruidas hasta cerca de la base. Las grandes *pirámides* fueron contruidas esteriormente con grandes piedras cuadradas cortadas en el Mokatam, que se halla sobre la ribera derecha del Nilo. Se ven aun en el día las carreras ó grutas formadas por la estraccion de estas piedras, cuyo volumen es desigual, aunque tienen todas la figura de un prisma. Los asientos esteriore están juntados por el mismo peso de las piedras, sin cal, plomo y sin ancla de ningun metal. El cuerpo de la *pirámide* está contruido con piedras irregulares, aseguradas con una armagasa compuesta de cal, de arena y de arcilla.

Al Oriente de la segunda *pirámide*, y á una distancia de cerca de 300 pasos, se encuentra una esfinge, de que no se puede distinguir sino la cabeza colosal, por estar sepultado el cuerpo debajo de las arenas amontonadas alrededor de este monumento extraordinario.

Estos grandiosos monumentos, llamados la sexta maravilla del mundo, dice Plinio, que tardaron en edificarse veinte y tres años, que trabajaron en ellos 60,000 operarios, y que solo en rábanos y cebollas se gastaron 1,600 talentos: cantidad exorbitante y tal vez inverosímil por mas que se quiera suponer que los egipcios eran muy apasionados por los vegetales.

El historiador Herodoto dice que 100,000 hombres trabajaron diariamente por espacio de veinte años á la *pirámide* del rey Cheops, que no es mas que un sepulcro. Se ha calculado que si con este gasto se hubiera cerrado el istmo de Suez con una muralla fuerte como la de la China, la suerte del Egipto hubiera sido muy diferente: todas las invasiones de los persas, griegos y árabes hubieran sido impedidas.

Dentro de la *pirámide* grande tuvo Napoleon, durante su expedicion al Egipto, una conferencia con los zulemas.

#### LA CIUDAD DE TETUAN.

A las doce leguas Sudoeste de Tánger, latitud Norte, 35° 50', se halla la ciudad de Tetuan, célebre en estos últimos años por haberla ocupado las tropas españolas despues de una serie de combates y batallas contra los marroquíes. Es ciudad y puerto de mar de la provincia de El-Garb en el imperio de Marruecos, sobre el Mediterráneo, en el estrecho de Gibraltar. Sus cercanías son célebres por las excelentes uvas y deliciosas naranjas que en ellas abundan. Despues de 1770, en que un inglés mató un moro, no se permitió durante largo tiempo que entrasen los cristianos en Tetuan, si bien siguió manteniendo un comercio considerable con España. La plaza del Fondac es una de las mas curiosas de Tetuan, por concurrir en ella algunos edificios que presentan refinados caracteres de la arquitectura oriental.

#### LA MUERTE DE VIRIATO.

La muerte de Viriato fue uno de los acontecimientos mas notables y de funestas consecuencias en la España Romana. Había Viriato fortalecido el espíritu nacional y castigado la osadía de los romanos, reuniendo un gran ejército. Porque el comportamiento de estos no podia ser mas indigno. El pretor Sergio Sulpicio habia destruido por medio de una alevosa traicion un cuerpo de 30,000 españoles, de los cuales hizo pasar á cuchillo 9,000, y esto bastó para que el pastor Viriato reuniese la muchedumbre y derrotase en diversos combates á los opresores. El terror de su nombre llegó hasta Roma, y aquella famosa república no hallaba cómo oponérsele. Solo valiéndose del soborno, lograron hacerle asesinar, y este es el asunto que representa el cuadro adjunto, es decir, la muerte de Viriato, tal como se contempla en el real Museo de pinturas entre otros cuadros de la escuela española moderna.





Muerte de Viriato.

**LA CABEZA Y EL GORRO.**

FÁBULA.

«Calor y abrigo, te doy,  
Dijo el gorro á la cabeza;  
Y nunca de igual fineza  
Deudor en nada te soy.»

La cabeza, con desden,  
Contestóle: «Errado vas,  
Pues si tu calor me das,  
Calor te doy yo tambien.»

Olvidadizo te encuentro;  
Mas piensa una vez siquiera  
Que si me abrigas por fuera  
Tambien te abrigo por dentro.»

*Muy errado el hombre vive  
Cuando solo se complace  
Pensando en el bien que hace  
Y no en el bien que recibe.*

MIGUEL AGUSTIN PPINCIPE.

**LA MUERTE DEL HÉROE.**

Tus dias han concluido, tu fama principia:  
los cantos de tu patria cuentan los triunfos de  
su hijo querido, la sangre vertida por su es-  
pada, las grandes hazañas, las victorias ga-  
nadas, la libertad restablecida.

Has caido, pero mientras nosotros seamos  
libres, no conocerás la muerte: la sangre ge-  
nerosa que brotó de tu pecho tuvo á menos de  
regar la tierra: que circule en nuestras venas,  
que tu aliento sea nuestro.

Tu nombre, cuando nos arrojam sobre el  
enemigo, será nuestro grito de guerra; tu  
muerte, el asunto de los cantos que nuestras  
vírgenes entonan á coro. Las lágrimas se-  
rian un insulto para tu gloria: no llora-  
remos.

LORD BYRON.

**LA ERMITA.**

Allá arriba está la ermita  
Mira callada en el val;

Abajo en la verde yerba  
Canta alegre el rabadan.

Triste dobla la campana,  
Suenan canto funeral...  
Mira arriba el pastorcillo  
Y ha parado su cantar.

A los que en el val gozaron  
Hoy los llevan á enterrar:  
¡Pastorcillo! ¡ay pastorcillo!  
¡Que tambien te llevarán!

LUIS UHLAND.

**CANTARES.**

El corazon tengo triste  
lento de melancolía,  
de ver que he puesto los ojos  
en quien no lo merecia.

Algun dia era yo madre  
el jardin de la alegría,  
la rosa mas olorosa,  
ahora la mas abatida.

A las doce la noche  
me cogieron prisionero,  
y para mayor dolor  
me ataron con tus cabellos.

¿A quién se castigará  
en el tribunal supremo;  
al que paga por matar,  
ó al que mata por dinero?

Sin dinero te queria,  
con dinero me das pena,  
y es porque á mí los metales  
me gustan con poca mezcla.

Mientras viva te diré:  
por tí un muro, bien mio;  
quizás al morir te diga:  
bien mio, por tí he vivido.

Verde pintan la esperanza,  
y encarnadito el amor;  
verde y encarnado tengo  
há tencion mi corazon.

**PENSAMIENTOS.**

No hay en el mundo dos cosas mas diversas  
que un lógico ergotista y un hombre razo-  
nable.

Locke.

El mal humor produce la impaciencia;—la  
impaciencia la cólera;—la cólera el arrebató;  
—el arrebató la violencia;—la violencia el  
crimen;—y por esta gradacion se pasa á ve-  
ces de un sillón al cadalso.

\*\*\*

No escuchar al que nos habla, no solo es  
falta de cortesia, sino tambien señal de me-  
nosprecio... Atiende siempre al que te hable;  
en el trato social nada hay tan productivo co-  
mo la limosna de la atencion.

Balac.

La historia de la filosofía es el estudio mas  
propio para adquirir un conocimiento científi-  
co de nuestra ignorancia.

\*\*\*

Nadie tiene mas necesidad de la tolerancia  
que el que mas la merece, el intolerante.

Sanial-Dubay.

**REFRANES HIGIÉNICOS.**

La vaca, bien cocida y mal asada.

El queso pesado, y el pan liviano.

En febrero, la castaña y el besugo no tienen  
zumo.

Carne, carne cria, y peces agua fria.

Aceituna una, y si es buena, una docena.

De las carnes el carnero, de los pescados el  
mero.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.  
—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cámen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 63, y en la publicidad, pa-  
saje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos  
de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.